

Nina Pacari

El 31 de diciembre me trajo la mejor noticia del año: mi amiga Nina Pacari ha sido nombrada ministra de Asuntos Exteriores de la República de El Ecuador. Conozco a Nina desde hace años, cuando era uno de los interlocutores máximos de la CONAIE con los corruptos gobiernos ecuatorianos. Es india kechua y jurista de muy alto nivel. Nuestro primer encuentro fue en Quito y me impresionó tanto la profundidad de sus convicciones como su serenidad e inteligencia política. Me confesó que su papel la tenía siempre en el filo de la navaja: negociar los intereses de más del 50% de la población de su país, prácticamente sin derechos y en la miseria, con quienes representaban los intereses de la oligarquía responsable de este *apartheid* social, político y cultural. Siempre entre la amenaza de la eliminación física y la presión cooptadora de los poderosos para comprar la voluntad de quienes destacan entre los desposeídos, la Pacari supo sortear tormentas violentas y chapapotes paralizantes para continuar su compromiso de líder indígena incorruptible.

No me ha sorprendido, pues, que cuando el brazo político de la CONAIE, el movimiento Pachakutik, ha alcanzado el gobierno, al ser el principal pilar del reciente triunfo electoral de Lucio Gutiérrez –un triunfo sólo sorprendente para los “expertos” que sólo beben en las noticias de la CNN y en las mentiras de las grandes agencias internacionales--, Nina Pacari haya ocupado el cargo de ministra en el más difícil de todos los ministerios de la República: el que habrá de lidiar, en el sentido más taurino del término, con el Fondo Monetario Internacional, para negociar la deuda externa que atosiga al país y desandar, a la vez, el camino suicida de la dolarización, eliminando la equivalencia salvaje entre el sucre y el dólar que hizo seis veces más pobres al 80% de los ecuatorianos y arrojó a la emigración a millones de ellos, y con el presidente Bush y los halcones de Washington en dos temas fundamentales: la base aeronaval de Manta –una especie de Rota ecuatoriana-, concedida a USA por los gobiernos satélites anteriores con la excusa de la lucha contra el narcotráfico, y la negativa a firmar el ALCA, el Tratado de “Libre Comercio” con el que aquellos pretenden acentuar el papel de América Latina como corral trasero del Imperio, anulando toda posibilidad de soberanía para sus pueblos.

Me precio de conocer relativamente bien Ecuador, adonde fui por primera vez hace ya más de treinta años, para realizar trabajo de campo antropológico en Esmeraldas, provincia norteña de mayoritaria población negra con enclaves indios. Tras otras varias visitas, en el 97 asistí como invitado a una Asamblea de la CONAIE, cerca de Quito. El desarrollo de la misma, con igual número de representantes por cada una de las diez nacionalidades indias más la negra, independientemente de su volumen de población; el gran porcentaje, de más del 40%, de mujeres; el multilingüismo activo; y la discusión sin ambages de incluso los temas más espinoso, me confirmó en la convicción de que Ecuador sería la primera República indígena de América. Aún no lo es, pero mucho camino se ha adelantado para ello. Allí me reencontré con alguno de los indios *cayapas* con los que conviví varios meses los años 72 y 73, en una inolvidable experiencia profesional y personal; pero ya no eran “cayapas” sino “chachis”: como reflejo de su reafirmación identitaria y de su voluntad de liberación, habían rechazado el nombre impuesto por los conquistadores y frailes españoles, a finales del siglo XVI, para adoptar un nuevo-viejo nombre derivado de la denominación de su lengua, el *chupalachi*.

Además de por gestos simbólicos como este, el camino hacia el reconocimiento no sólo cultural sino también político, como naciones, de los hasta hace poco

designados genéricamente como “campesinos” o, a lo más, como componentes de “etnias” o “tribus” indígenas, ha pasado, hasta ahora, por las grandes demostraciones de fuerza y de autocontención que fueron las dos ocupaciones de Quito, durante varios días, de forma perfectamente organizada, sin violencia y con repliegue ordenado; por la consecución, en 1997, de una Asamblea Nacional Constituyente, donde, por primera vez, fue reconocida la existencia de *pueblos* indígenas sujetos de derechos; y el levantamiento ocurrido tras la dolarización y otras medidas que convertían el país en un simple satélite de USA. Este levantamiento, en el que también participaron sectores mestizos y “blancos” no oligárquicos, pudo terminar en un verdadero genocidio si una parte del ejército no disuelve el parlamento y se niega a cumplir las órdenes de los políticos profesionales y de sus asesores de Washington. Uno de los militares que más se destacó en el apoyo al levantamiento, que no “golpe de estado”, como lo calificaron perversamente los medios de comunicación euronorteamericanos, fue Lucio Gutiérrez, el triunfador en las recientes elecciones de la mano de las organizaciones indígenas.

Todo lo anterior explica que sea optimista respecto al futuro de Ecuador, mi puerta a las Américas, el país que más amo de ese continente, y del que tenemos hoy entre nosotros a varios cientos de miles de ciudadanos expulsados de él por las consecuencias de la globalización neoliberal, del unilateralismo de Estados Unidos y de la corrupción política interna. Nina Pacari va a tener un papel protagonista en la durísima pero esperanzadora nueva etapa que se ha abierto en su país. He releído su ponencia sobre los derechos de los pueblos en las Jornadas organizadas en Granada, en diciembre del 98, por la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía, y he brindado por ella, y por cuanto ella representa, al tomar la obligada primera copa en el primer minuto del recién nacido 2003. Esta vez, el ritual no ha sido sólo de burbujas sino de realidades y esperanzas verdaderas.

ISIDORO MORENO

Catedrático de Antropología, Universidad de Sevilla